

MARIA Y LA IGLESIA, MADRE Y EVANGELIZADORA DE LOS PUEBLOS

J. Esquerda Bifet

Presentación

Cuando se relaciona la figura de María con la realidad de la Iglesia, afloran matices de gran riqueza teológica, pastoral y espiritual. Cada vez que la Iglesia toma mayor conciencia de su relación con María, redescubre su propia realidad: "La Iglesia, meditando piadosamente sobre ella y contemplándola a la luz del Verbo hecho hombre, llena de reverencia, entra más a fondo en el soberano misterio de la encarnación y se asemeja cada día más a su Esposo" (LG 65).

Son ya muchos los estudios postconciliares que giran en torno a la relación María-Iglesia. María personifica a la Iglesia y la ha precedido en su realidad de virgen (fiel a Cristo) y de madre (instrumento de vida en Cristo): "En el misterio de la Iglesia, que con razón es llamada también madre y virgen, precedió la Santísima Virgen, presentándose de forma eminente y singular como modelo tanto de la virgen como de la madre" (LG 63).¹

Hay un aspecto de la relación María-Iglesia que, a mi parecer, todavía no ha sido suficientemente estudiado. Me refiero a la misionariedad de la Iglesia en relación a la maternidad de María y de la misma Iglesia. Este va a ser el objetivo de nuestro estudio, como intentando dar un paso más respecto a trabajos anteriores.²

¹ Ver el apartado "Chiesa-María" en: G.M. BESUTTI, *Bibliografía Mariana*, 1967-1972, pp. 167-170; 1973-1977, pp. 158-160; 1978-1984, pp. 259-262. B. BALIC, *La doctrine sur la bienheureuse Vierge Marie Mère de l'Eglise et la Const. "Lumen Gentium"*, "Divinitas" 9 (1965) 464-482; ST. DE FIORES, *Maria nel mistero di Cristo e della Chiesa*, Roma 1968; J. GALOT, *Maria Tipo e modello della Chiesa*, en: *La Chiesa del Vaticano II*, Firenze, Vallecchi 1965, 1156-1167; M. LLAMERA, J.A.DE ALDAMA, *La Santísima Virgen y la Iglesia*, en: *Comentarios a la Constitución sobre la Iglesia*, Madrid, BAC 1966, 924-1084; E.M. TONIOLO, *Maria nel mistero della Chiesa*, Roma, Marianum 1969. Ver otros estudios (Madre y Tipo de la Iglesia) en: *Enciclopedia Mariana postconciliar*, Madrid, Cocusa 1975. Los estudios sobre la encíclica Redemptoris Mater han hecho notar la relación entre María y la Iglesia, especialmente en el tema de la mediación: AA.VV., *Redemptoris Mater, contenuti e prospettive dottrinali e pastorali*, Roma, PAMI 1988. Ver especialmente: S. MEO, *La "Mediazione materna" di Maria nell'enciclica "Redemptoris Mater"*, *ibidem*, 131-157. Recojo doctrina y bibliografía en: *La mediación materna de María, aspectos específicos de la encíclica "Redemptoris Mater"*, "Ephemerides Mariologicae" 39 (1989) 237-254.

² Sigo la reflexión a partir de estos estudios anteriores: *La maternidad de María y la sacramentalidad de la Iglesia*, "Estudios Marianos" 26 (1965) 231-274; *Significado salvífico de María como Tipo de la Iglesia*, "Estudios Marianos" 29 (1967) 3-48; *María Tipo de la Iglesia*, *ibidem*, 31 (1968) 187-239; *Maternidad de la Iglesia y misión*, "Euntes Docete" 30 (1977) 5-29; *Dimensión misionera de los temas marianos*, *ibidem*, 32 (1979) 87-101; *María en el*

Cuando decimos "madre y evangelizadora de los pueblos" queremos indicar la estrecha relación que existe entre la misionariedad y la maternidad de la Iglesia. Y, tratándose de la maternidad, forzosamente hay que hacer referencia a María como Tipo y personificación de la Iglesia madre.

El tema es muy rico en contenido y en consecuencias teológicas y pastorales. Intento presentar un abanico de aspectos marianos y eclesiales en su dimensión misionera, en plan sintético y a modo de invitación a estudios más completos.

La formulación del título ("María y la Iglesia: Madre y evangelizadora de los pueblos") indica ya su aspecto eclesiológico y pastoral. María y la Iglesia son "la gran señal" (Apoc 12, 1), a modo de "signo levantado ante las naciones" (Is 11, 12; SC 2). La base teológica estaría en la relación entre la maternidad de María y la maternidad (misioneriedad) de la Iglesia. María es figura (Tipo) de esta maternidad, que se realiza por medio de su mediación materna. Las aplicaciones pastorales apuntan al problema actual de la "inculturación", que encuentra un campo privilegiado en la piEDAD mariana popular.

El punto de partida de nuestro trabajo es el paradigma bíblico de María en el cenáculo de Pentecostés (n. 1) y el contenido mariano del "kerigma" o del primer anuncio del evangelio (n. 2). El anuncio misionero de la "primera" evangelización (llamada también evangelización "ad gentes"), si se hace con autenticidad, sigue siendo eminentemente mariano.

La frase "madre y evangelizadora de los pueblos", que matiza el título del trabajo, no es, pues, ornamental o literario, sino profundamente teológico. La Iglesia es "sacramento" en el sentido de ser "signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano" (LG 1). Por esto la Iglesia se llama a sí misma "sacramento universal de salvación" (LG 48; AG 1; GS 45).³

Esta realidad eclesial de signo tiene dos aspectos: transparencia e instrumento. Por una parte, la Iglesia transparenta la unidad de Dios Amor, uno y trino: "Así toda la Iglesia aparece como un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (LG 4).

"kerigma" o primera evangelización misionera, "Marianum" 42 (1980) 470-488; Dimensión misionera de la piedad mariana popular, "Euntes Docete" 35 (1982) 431-448; L'azione dello Spirito Santo nella maternità e missionarietà della Chiesa, en: Credo in Spiritum Sanctum, Congresso Teol. Internazionale di Pneumatologia, Roma, Lib. Edit. Vaticana 1983, 1293-1306. Estudios de otros autores: AA.VV., La presenza di Maria nella missione evangelizzatrice del Popolo di Dio, Loreto 1973; S. MEO, Maria stella dell'evangelizzazione, in: L'Annuncio del Vangelo oggi, Roma, Pont. Univ. Urbaniana 1977, 763-778.

³ Resumen doctrina y bibliografía en: La maternidad de María y la sacramentalidad de la Iglesia, "Estudios Marianos" 26 (1965) 231-274.

Por otra parte, la misma Iglesia se hace portadora de esta vida y comunión divina para todos los pueblos: "Cristo... habiendo resucitado de entre los muertos, envió sobre los discípulos a su Espíritu vivificador, y por él hizo a su Cuerpo, que es la Iglesia, sacramento universal de salvación; estando sentado a la derecha del Padre, actúa sin cesar en el mundo para conducir a los hombres a la Iglesia, y, por medio de ella, unirlos a sí más estrechamente" (LG 48).

Queda, pues, definida la misión de la Iglesia en el mundo: "Todo el bien que el Pueblo de Dios puede dar a la familia humana... deriva del hecho de que la Iglesia es sacramento universal de salvación, que manifiesta y, al mismo tiempo, realiza el misterio del amor de Dios al hombre" (GS 45).

María, como "estrella de la evangelización" (EN 82), es "Tipo" de esta realidad eclesial de signo transparente y portador de Cristo para todos los pueblos: "Que la Madre de Dios y Madre de todos los hombres interceda en la comunión de todos los santos, ante su Hijo hasta que todas las familias de los pueblos, tanto los que se honran con el título de cristianos como los que todavía desconocen a su Salvador, lleguen a reunirse felizmente, en paz y concordia, en un solo Pueblo de Dios, para gloria de la Santísima Trinidad" (LG 69). La Iglesia mira a María como "punto de referencia... para los pueblos y naciones y para la humanidad entera" (RM 6; cf. RM 52).

La "cooperación (de María) a la salvación" (LG 56), como "asociada" a Cristo redentor (LG 58), se convierte en "influjo salvífico" y en "misión materna para todos los hombres" (LG 60). Ella es "la gran señal" (Apoc 12, 1) ante los pueblos, como "la mujer" (Jn 2,4; 19,26); Gal 4,4) figura de la Iglesia.

El camino histórico de los pueblos se dirige hacia el encuentro definitivo con Cristo por medio de la Iglesia. "La Madre de Jesús, de la misma manera que, glorificada ya en los cielos en cuerpo y alma, es imagen y principio de la Iglesia que habrá de tener su cumplimiento en la vida futura, así en la tierra precede con su luz al peregrinante Pueblo de Dios como signo de esperanza cierta y de consuelo hasta que llegue el día del Señor" (LG 68).

La "identidad" de la Iglesia se encuentra principalmente en el modelo mariano: "Se consagró totalmente como esclava del Señor a la persona y a la obra de su Hijo, sirviendo con diligencia al misterio de la redención" (LG 56; cf. RM 40).⁴

⁴ Hay una analogía entre la colaboración de María a la salvación y la colaboración de san José, siempre como figura de la colaboración de la Iglesia: "Todo el pueblo cristiano... tendrá siempre presente ante sus ojos su humilde y maduro modo de servir, así como de participar en la economía de la salvación. Reflexionar sobre la participación del Esposo de María en el misterio divino consentirá a la Iglesia... encontrar continuamente su identidad en el ámbito del designio redentor, que tiene su fundamento en el misterio de la Encarnación" (Redemptoris Custos 1; cf n. 32)). Ver: T. STRAMARE, San Giuseppe nella Sacra Scrittura, nella teologia e nel culto, Roma 1983.

1. **La Iglesia se hace evangelizadora bajo la acción del Espíritu Santo, en Cenáculo con María**

El proceso de maternidad virginal de María se realizó bajo la acción del Espíritu Santo (Lc 1,35; Mt 1,18-20). La Iglesia comenzó a ser misionera y madre guiada por esta misma acción del Espíritu, a modo de "plenitud" (Act 2,4), que capacita para anunciar a Cristo con audacia (Act 2,32-33; 4,31). "La era de la Iglesia empezó con la venida, es decir, con la bajada del Espíritu Santo sobre los Apóstoles reunidos en el cenáculo de Jerusalén junto a María, la Madre del Señor" (DeV 25).⁵

La presencia de María en la comunidad eclesial que preparaba Pentecostés (Act ,14), se ha convertido en un hecho paradigmático, como punto de referencia para toda época histórica de la Iglesia. En esta realidad bíblica se entrecruzan las imágenes e la anunciación (Nazaret) y de Pentecostés (cenáculo). "Fue en Pentecostés cuando empezaron los hechos de los Apóstoles, del mismo modo que Cristo fue concebido cuando el Espíritu Santo vino sobre la Virgen María" (AG 4); "antes de Pentecostés... también María imploraba con sus oraciones el don del Espíritu, que en la anunciación ya la había cubierto con su sombra" LG 59).

La realidad misionera de la Iglesia arranca de la encarnación y de la redención, pero se manifiesta desde el día de Pentecostés: "La Iglesia se manifestó públicamente ante la multitud; comenzó la difusión del evangelio por la predicación y fue, por fin, prefigurada la unión de los pueblos en la catolicidad de la fe por medio de la Iglesia de la Nueva Alianza" (AG 4). Esta misionariedad de la Iglesia tiene características de maternidad: "La Iglesia, contemplando su profundidad santidad e imitando su caridad (de María) y cumpliendo fielmente la voluntad del Padre, se hace también madre mediante la palabra de Dios aceptada con fidelidad, pues por la predicación y el bautismo engendra a una vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por obra del Espíritu Santo y nacidos de Dios" (LG 64).

María en la anunciación simboliza a la Iglesia y la precede. Por esto en Pentecostés se encuentra en medio de la comunidad eclesial, como expresión de la misma Iglesia: "Por consiguiente, en la economía de la gracia, actuada bajo la acción del Espíritu Santo, se da una particular correspondencia entre el momento de la encarnación del Verbo y el del nacimiento de la Iglesia. La persona que une estos dos momentos es María: María en Nazaret y María en el cenáculo de Jersualén" (RM 24).

Es ya una "constante", en la época postconciliar del Vaticano II, la invitación a renirse en cenáculo con María. En Evangelii nuntiandi, Pablo VI hizo esta invitación para preparar el año dos

⁵ Enc. Dominum et vivificantem (DeV) 25. Como veremos en el presente apartado, el tema del cenáculo queda relacionado con el tema de la anunciación precisamente por la relación entre la maternidad de María y la de la Iglesia.

mil, puesto que ya estamos en "la vigilia del tercer milenio": "En la mañana de Pentecostés, ella (María) presidió con su oración el comienzo de la evangelización bajo el influjo del Espíritu Santo. Sea ella la estrella de la evangelización siempre renovada que la Iglesia, dócil al mandato del Señor, debe promover y realizar, sobre todo en estos tiempos difíciles y llenos de esperanza" (EN 82).

En su primera encíclica, Juan Pablo II hacía una invitación semejante, puesto que estamos en "un nuevo advenimiento" (RH 1, 20, 22), en una "nueva etapa de la vida de la Iglesia" (RH 6), en una "época hambrienta de Espíritu" (RH 18). Esta invitación se ha ido repitiendo, de modo más insistente durante el año mariano.⁶

En el fondo de esta temática mariana y eclesial se encuentra el tema del Espíritu Santo, que hace madre a María y hace misionera y madre a la Iglesia. En Marialis cultus, Pablo VI subrayó esta relación: "María es también la Virgen-Madre... constituida por Dios como tipo y ejemplar de la fecundidad de la Virgen-Iglesia, la cual se convierte ella misma en madre"... (MC 19; cita a LG 64).⁷

Los momentos más fecundos de la historia de la Iglesia han sido aquellos en los que se ha tomado conciencia de esta realidad mariana y eclesial. Se podría hablar de un "nuevo Pentecostés", en el sentido de recibir nuevas gracias del Espíritu Santo para poder afrontar nuevas situaciones eclesiales. Así lo deja entrever el Papa Juan II, al convocar el concilio Vaticano II y en la oración para pedir el éxito del mismo: "Renueva en nuestra época los prodigios de un nuevo Pentecostés".⁸

La misión que la Iglesia recibió de Cristo es la misma del Señor (Jn 20,21; 17,18). Es,

⁶ Ver: Enc. Redemptoris Mater 52; Catechesi tradendae nn. 72-73; Dives in Misericordia n. 15. Es muy significativa, al respecto, la carta del año 1981, en la que invitaba a los obispos a un encuentro especial en Roma (y que no pudo realizarse debido al atentado sufrido en este mismo año): Lettera al Episcopato della Chiesa cattolica per il 1600° anniversario del 1° concilio di Costantinopoli e per il 1550° anniversario del concilio di Efeso: AAS 73 (1981) 513-527.

⁷ Los estudios sobre el Espíritu Santo y María dan material abundante para ampliar el tema hacia la misión de la Iglesia bajo la acción del Espíritu Santo. Resumo el tema (incluyendo bibliografía sobre el Espíritu Santo y la misión de la Iglesia) en: L'azione dello Spirito Santo nella maternità e missionarietà della Chiesa, o.c. en nota 2. Ver más bibliografía en: D. FERNANDEZ, A. RIVERA, Boletín sobre el Espíritu Santo y María, "Ephemerides Mariologicae" 28 (1978) 265-273.

⁸ Oración por el concilio: AAS 51 (1959) 382; Const. Apostólica Humanae salutis: AAS 54 (1962) 5-13. El tema de una acción nueva del Espíritu Santo en la Iglesia aparece en otros documentos: SC 43; EN 75; RH 18, etc.

pues, misión bajo la acción del Espíritu Santo (Act 1,8), como fue la de Cristo (Lc 4,18). Se trata de anunciar y comunicar un "nuevo nacimiento por el agua y el Espíritu" (Jn 3,5), como fruto de la glorificación de Jesús (Jn 7,37-39; 19,35).

Esta misión, que Cristo recibió del Padre y que ejerció bajo la guía del Espíritu Santo, al ser comunicada a la Iglesia, constituye la fuente de la fecundidad eclesial (Jn 15,26-27; 16,13-15). Por esto Jesús compara la vida y acción apostólica a una maternidad que, para llegar al gozo de la fecundidad, ha de pasar por los dolores de parto (Jn 16,20-22). Pablo aplicó este símil materno a su propio trabajo apostólico (Gal 4,19; cf. 1Tes 2,7-8), en el contexto de la maternidad de María (Gal 4,4) y de la Iglesia (Gal 4,26).

Esta realidad misionera y materna de la Iglesia, bajo la acción del Espíritu Santo, fundamenta el deseo que la misma Iglesia tiene de vivir en cenáculo con María (Act 1,14). Guiada por el Espíritu Santo, la Iglesia vive de la palabra y de la euaristía, se edifica como fraternidad y se orienta audazmente hacia la evangelización (cf. Act 2,42-47; 4,31-34). María está presente de modo ejemplar y activo en este proceso de maternidad.

El mismo Espíritu Santo, que hizo madre a María siempre Virgen, hace misionera y madre a la Iglesia. La maternidad eclesial, como fecundidad apostólica, es, pues, obra del Espíritu Santo. Efectivamente, el Espíritu Santo "guía la Iglesia a toda la verdad... la unifica en comunión y ministerio... Con la fuerza del evangelio rejuvenece a la Iglesia, la renueva incensantemente y la conduce a la unión consumada con su Esposo" (LG 4).

La acción del Espíritu Santo, que guía a la Iglesia en todo el proceso de maternidad apostólica, la constituye en "instrumento eficaz" de vida divina. Por esto, "la comunidad eclesial ejerce una verdadera maternidad para conducir las almas a Cristo" (PO 6). De ahí deriva la actitud espontánea de la Iglesia de "identificarse" con María en la anunciación y de sentirla siempre presente en el cenáculo de cada comunidad apostólica: "Por esto también la Iglesia, en su labor apostólica, se fija con razón en aquella que engendró a Cristo, concebido del Espíritu Santo y nacido de la Virgen, para que también nazca y crezca por medio de la Iglesia en las almas de los fieles" (LG 65).

La venida del Espíritu Santo no se limita, pues, a la comunidad eclesial, sino que, por medio de ella, se prolonga en toda la humanidad. Por el Espíritu Santo, la Iglesia, a imitación de María, se hace madre y evangelizadora de todos los pueblos (cf. Act 10,45; 11,15.18).

2. María en el primer anuncio ("kerigma") de la Iglesia primitiva

El "kerigma" o "primer anuncio" del evangelio, que la Iglesia predica a todos los pueblos, desde el día de Pentecostés, incluye estas líneas fundamentales: Jesús es el Hijo de Dios hecho hombre para nuestra salvación, por medio de su muerte y resurrección; en él se cumplen las esperanzas mesiánicas (cf. Act 2,15-41).

Estos datos del "kerigma" o primer anuncio cristiano aparecen en la predicación de Pablo

(1Cor 15,3-5; Rom 1,1-4; Gal 4,4-7) y en los evangelios. María forma parte de este anuncio misionero, como "la mujer" de la que, por obra del Espíritu Santo, nace el Salvador.⁹

Los textos marianos del Nuevo Testamento contienen todos los elementos básicos del anuncio misionero: en Cristo, Hijo de David (verdadero hombre), Hijo de Dios (concebido por obra del Espíritu Santo), ha comenzado el cumplimiento de las profecías y espereanzas mesiánicas.¹⁰

La figura de María, anunciada en el Nuevo Testamento, sirve para hacer resaltar la realidad integral de Cristo hombre (María Madre), Cristo Hijo de Dios (María Virgen) y Cristo Salvador (María asociada, "la mujer", Tipo de la comunidad eclesial). María aparece relacionada con el misterio de Cristo y de la Iglesia, como "la mujer", figura de la comunidad creyente, asociada esponsalmente a "la hora" de Cristo (Gal 4,4; Jn 2,4; 19,26). El misterio pascual de Cristo, muerto y resucitado, que la Iglesia anuncia a todos los pueblos, tiene, pues, su faceta mariana de transparencia o de "gran señal" (Apoc 12,1).

El primer anuncio ("kerigma"), con todos los elementos básicos y con toda su fuerza misionera, aparece en los textos marianos de la infancia de Jesús (Mt 1-2; Lc 1-2), así como en los textos joánicos (Jn 2 y 19). Como todo fragmento evagógico, también estos textos anuncian a Cristo, "el Señor". "La mujer", por medio de la cual Jesús es de nuestra estirpe (hombre), es virgen y madre por obra del Espíritu Santo, para hacer resaltar que Cristo es Hijo de Dios, el Señor resucitado.

Jesús es "nacido de la mujer" (Gal 4,4), "de la estirpe de David" (Rom 1,3; Mt 1,1), "por obra del Espíritu Santo" (Mt 1,20), el "Hijo de Dios" (Lc 1,35), "el que salvará a su pueblo de sus pecados" (Mt 1,21). María, anunciada por la Iglesia, hace ver la realidad de Jesucristo, el Salvador por ser el Señor resucitado, Hijo de Dios y hermano nuestro.

Jesús es "el Salvador preparado ante la faz de todos los pueblos, luz para iluminar a las gentes" (Lc 2,30-32; Is 42,6; 49,6). María forma parte de la epifanía de este misterio salvífico,

⁹ Escribí un ensayo sobre este tema en: *María en el "kerigma" o primera evangelización misionera*, "Marianum" 42 (1980) 470-488. Ver: C.H. DODD, *La predicación apostólica y sus desarrollos*, Madrid, Fax 1974; M.J. NICOLAS, *Theotokos, el misterio de María*, Barcelona, Herder 1967.

¹⁰ Estos elementos del "kerigma" aparecen claramente en el conjunto de textos marianos neotestamentarios: Mt 1-2 (infancia); Lc 1-2 (infancia); Jn 2,1-12 (Caná); 19,25-27 (cruz); Mc 3,31-35 y paralelos sinópticos (alabanza de la madre de Jesús); Act 1,12ss (cenáculo); Gal 4,4-7 ("la mujer"); Apoc 12,1 ("la gran señal"). Ve: A. FEUILLET, *La Vierge Marie dans le Nouveau Testament*, en enciclopedia "Maria", vol. I, II, IV; *Maria in sacra Scriptura*, Romae, PAMI 1970, 6 vol.; F. SPEDALIERI, *Maria nella Scrittura e nella Tradizione della Chiesa primitiva*, Roma, Herder 1968; O. DA SPINETOLI, *Maria nella tradizione biblica*, Bologna, Dehoniane 1967; A. SERRA, *María según el evangelio*, Salamanca, Sígueme 1988.

compartiendo la misma "suerte" de Cristo (cf. Lc 2,35). La palabra de Dios es siempre "espada" que define la actitud de la persona respecto a los planes salvíficos de Dios.¹¹

María, recibiendo con espíritu de adoración esta palabra (Lc 2,19-51), define su postura de asociación a Cristo para dejar transparentar todo su "misterio", que es de salvación para todos los pueblos (Ef 3,3-7). Ahora este "misterio oculto por los siglos en Dios", se manifiesta y se comunica por medio de la Iglesia y, más concretamente, por la vida y acción apostólica de la misma (Ef 3,8-10).

Los textos marianos del Nuevo Testamento, con todo su rico transcurso vetero testamentario, dejan entrever la figura de María como Tipo de la comunidad eclesial, que anuncia y comunica el misterio de Cristo en toda su integridad "kerigmática". La "humillación" de Cristo (que es hombre como nosotros) deja transparentar su "exaltación" (de Hijo de Dios), como Salvador del mundo. La fidelidad de María al misterio de la encarnación (Lc 1,38.45) se muestra en su actitud de "pobreza" (Lc 1,48), como tipo de la fe y de la acción materna y evangelizadora de la Iglesia (Jn 2,11).

Cuando la Iglesia anuncia el mensaje evangélico sobre María, indica la actitud de respeto a los planes salvíficos de Dios en Cristo: "Haced lo que él os diga" (Jn 2,5). La nueva Alianza, que es para todos los pueblos, tiene las mismas características fundamentales de la primera Alianza en el Sinaí: Dios tiene la iniciativa en la historia de salvación, pero quiere la respuesta libre del hombre: "Haremos lo que el Señor nos dirá" (Ex 24,7).

El "kerigma" o primer anuncio según san Mateo, es para todo el género humano. La "genealogía" de Jesús indica al Salvador que, en cuanto hombre, es de nuestra estirpe, nacido de María (Mt 1,1-15). En el "Emmanuel" (Dios con nosotros), se cumplen las esperanzas mesiánicas y llegan a su plenitud las esperanzas de salvación que se encuentran en todos los pueblos (Is 7,14; Mt 1,21-23; Lc 2,31-32).

María, en el evangelio de Lucas, es como "la hija de Sión" (Sof 3,14ss), que recibe al Salvador con una actitud de fidelidad generosa. El Salvador es para todas las generaciones (Lc 1,50) y para todo el pueblo (Lc 2,10). El "gozo" de María, cantado en el Magnificat (Lc 1,47), es anuncio de la buena nueva (anuncio gozoso, "eu-angelo") para todas las gentes. María personifica a la comunidad mesiánica que recibe al Salvador para anunciarlo y comunicarlo a toda la humanidad. Su capacidad contemplativa ante la palabra se convierte en transparencia del misterio de Cristo para todos los pueblos (Lc 2, 19-20).¹²

En los "signos" de Cristo, según san Juan, el creyente aprende a entrar en la "gloria" o

¹¹ Cfr. A. SERRA, o.c., X ("A tí una espada te traspasará el alma").

¹² A. FEUILLET, Le Saveur méssianique et sa mère dans les récits de l'enfance de saint Matthieu et de saint Luc, Lib. Edit. Vaticana 1990.

misterio del Verbo encarnado (Jn 1,14). María, con su fe, es modelo de esta actitud creyente (Jn 21,11), que sabe descifrar los signos más pobres, para ver en ellos la donación de Dios al hombre (la "sangre") y la comunicación de su vida divina (el "agua") (Jn 19,34-37). El mismo Espíritu Santo, que formó a Cristo en el seno de María, comunica la vida en Cristo a todos los creyentes (Jn 1,13; 7,37-39). En el primer signo (Caná) y en el último ("glorificación" desde la cruz), María abre el camino a una comunidad de seguidores de Cristo que viven de él como "pan de vida" (palabra y eucaristía), "para la vida del mundo" (Jn 6,48-51).¹³

En la acción misionera de la Iglesia, María está siempre presente, como parte integrante del "kerigma" o primer anuncio. Tal vez sería más exacto decir que la presencia de María en este primer anuncio a todos los pueblos, es garantía de autenticidad en todos los elementos básicos del mismo anuncio: Cristo Hijo de Dios (María Virgen), Cristo hombre (María Madre), Cristo Salvador (María asociada a Cristo, como figura de la Iglesia).

La Iglesia es "misionera por su misma naturaleza" (AG 2), como "sacramento universal de salvación" (AG 1; LG 48), que encuentra en María su personificación o Tipo (LG 53, 63). Viviendo y anunciando el misterio de Cristo nacido de María, la Iglesia reencuentra continuamente su identidad. Al inicio del capítulo mariano de la Lumen Gentium, el concilio Vaticano II resume así la acción eclesial de anunciar a Cristo Redentor del mundo: "Queriendo Dios, infinitamente sabio y misericordioso, llevar a cabo la redención del mundo, al llegar la plenitud de los tiempos, envió a su Hijo nacido de mujer,... para que recibiéramos la adopción de hijos (Gal 4,4-5). El cual, por nosotros los hombres y por nuestra salvación, descendió de los cielos y por obra del Espíritu Santo se encarnó de la Virgen María (Credo). Este misterio divino de salvación nos es revelado y se continúa en la Iglesia" (LG 52).¹⁴

3. La misionariedad de la Iglesia como maternidad universal, en relación con la maternidad y mediación de María.

En el cenáculo de Jerusalén, La Iglesia, reunida con María, comenzó su "nueva maternidad en el Espíritu" (RM 47), que constituye su razón de ser y, por tanto, su misionariedad. En todas las épocas históricas, el Espíritu Santo hace posible la misión de la Iglesia,

¹³ R.E. BROWN, *El evangelio según san Juan*, Madrid, Cristiandad 1979; A. FEUILLET, *Le mystère de l'amour divin dans la théologie johannique*, Paris, Gabalda 1972; I. DE LA POTTERIE, *La verdad de Jesús. Estudios de teología joanea*, Madrid, BAC 1979; R. SCHNACKENBURG, *El evangelio según Juan*, Barcelona, Herder 1980.

¹⁴ AA.VV., *La presenza di Maria nella missione evangelizzatrice del Popolo di Dio*, Loreto 1973; J. ESQUERDA BIFET, *Dimensión misionera de los temas marianos*, "Euntes Docete" 32 (1979) 87-101; S. MEO, *Maria stella dee'evangelizzazione*, in: *L'Annuncio del Vangelo oggi*, Roma, Pont. Univ. Urbaniana 1977, 763-778.

comunicándole nuevas gracias para "dar testimonio con audacia de la resurrección de nuestro Señor Jesucristo" (Ac 4,33).

Los períodos más fecundos para la evangelización se han caracterizado por la toma de conciencia sobre la maternidad de la Iglesia. Ello se hace patente de modo especial en la vida y en los escritos de los santos. De este "sentido" de Iglesia, se pasa fácilmente a María Tipo de la maternidad eclesial.¹⁵

La maternidad de la Iglesia es "ministerial" y "sacramental" en cuanto que obra a través de los ministerios o servicios proféticos, cultuales y de caridad, como signos eficaces y portadores de Crsito. "La Iglesia... se hace madre mediante la palabra de Dios aceptada con fidelidad, pues por la predicación y el bautismo engendra a una vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por obra del Espíritu Santo y nacidos de Dios" (LG 64). En esta maternidad apostólica la Iglesia imita a María: "Por esto también la Iglesia, en su labor apostólica, se fija con razón en aquella que engendró a Cristo, concebido del Espíritu Santo y nacida de la Virgen, para que también nazca y crezca por medio de la Iglesia en las almas de los fieles" (LG 65).¹⁶

El ser y la función apostólica de la Iglesia son una maternidad permanente y universal. La naturaleza de esta maternidad es de instrumentalidad salvífica. La permanencia de esta misma maternidad puede parangonarse a la de María: "Esta maternidad de María en la economía de la gracia perdura sin cesar desde el momento del asentimiento que prestó fielmente en la Anunciación, y que mantuvo sin vacilar al pie de la cruz, hasta la consumación perpetua de todos los elegidos" (LG 62).

La relación entre la maternidad de María y la de la Iglesia es tan estrecha, que se puede hablar de una sola maternidad (cf. RH 22). Propiamente es la maternidad de María que se actualiza por medio de la Iglesia: "Las palabras que Jesús pronuncia desde lo alto de la cruz significan que la maternidad de su madre encuentra una nueva continuación en la Iglesia y a través de la Iglesia" (RM 24).

Esta realidad materna, mariana y eclesial, se basa en el hecho de que Cristo sigue presente y operante en los signos eclesiales (Mt 28,20), asociando a María y a la Iglesia (cf. Jn 19,25-27). La misión que la Iglesia ha recibido de Cristo (Jn 20,21-22) se realiza bajo la acción del Espíritu Santo. Ella anuncia, presencializa y comunica a Cristo, para que sea realidad viviente

¹⁵ AA.VV., *Mysterium Ecclesiae in conscientia sanctorum*, Roma, Teresianum 1967; O. CASEL, *Misterio de la Ekklesia*, Madrid, Guadarrama 1964; K. DELHAYE, *Ecclesia mater chez les Pères des trois premiers siècles*, Paris, Cerf 1964.

¹⁶ Estudio más ampliamente la relación entre la maternidad y la misión de la Iglesia, en: *Maternidad de la Iglesia y misión*, "Euntes Docete" 30 (1977) 5-29; *La maternidad de María y la sacramentalidad de la Iglesia*, "Estudios Marianos" 26 (1965) 231-274.

en el corazón de cada ser humano.

El término "maternidad", aplicado a la misión de la Iglesia, encuentra su punto de apoyo en la misma doctrina de Jesús sobre las dificultades del apostolado (cf. Jn 16,20-22). San Pablo hace uso de esta terminología, incluso con el símil de los "dolores de parto" (Gal 4,19), en un contexto que es, al mismo tiempo, mariano (Gal 4,4-7), apostólico (Gal 4,19) y eclesial (Gal 4,26).¹⁷

La enseñanza paulina sobre la maternidad de la Iglesia se basa en el texto de Isaías sobre la nueva Sión o nueva Jersualén, que será madre de todos los pueblos (Is 54.1; 11,12). Esta nueva Jerusalén "es libre y es nuestra madre" (Gal 4,26), y tiene su comienzo en "la plenitud de los tiempos", cuando "Dios ha enviado a su Hijo nacido de la mujer" (Gal 4,4). Toda la humanidad está llamada a participar en la filiación divina de Cristo por obra del Espíritu Santo (Gal 4,6), puesto que él es "el Salvador de todos" (1Tim 4,10).¹⁸

En cada comunidad eclesial se concretiza la maternidad de la Iglesia (2Jn 1,4.13). Todo creyente recibe la vida divina por medio de la Iglesia o de los signos eclesiales; por esto la fe en la Iglesia se puede expresar de este modo: "Creo en la santa Iglesia, madre"¹⁹. Pero, al mismo tiempo, todo creyente es Iglesia madre, como parte activa e integrante de una comunidad que es madre por los servicios del profetismo, culto y realeza (cf. PO 6). Toda comunidad eclesial, y especialmente la Iglesia particular, se hace responsable de poner en práctica esta maternidad que es de misionariedad universal.²⁰

La condición de Iglesia peregrina hace descubrir el significado de las dificultades y persecuciones. Estas tribulaciones forman parte de la maternidad y misionariedad de la Iglesia y se transforman en fecundidad cuando la vida se hace donación. Estos son los "dolores de parto"

¹⁷ "Esta característica materna de la Iglesia ha sido expresada de modo particularmente vigoroso por el Apóstol de las gentes, cuando escribía: Hijos míos, por quienes sufro dolores de parto, hasta ver a Cristo formado en vosotros (Gal 4,19). En estas palabras de san pablo está contenido un indicio interesante de la conciencia materna de la Iglesia primitiva, unida al servicio apostólico entre los hombres. Esta conciencia permitía y permite constantemente a la Iglesia ver el misterio de su vida y de su misión a ejemplo de la misma Madre del Hijo, que es el primogénito entre muchos hermanos (Rom 8,29)" (RM 43; cf. EN 79).

¹⁸ L. CERFAUX, *Le Fils né de la femme* (Gal 3,24-4,9), "Bible et Vie Chrétienne" 4(1953-1954) 59-65; A. VANHOYE, *La Mère du Fils de Dieu selon Gal 4,4*, "Marianum" 40 (1978) 237-247.

¹⁹ Fórmula del credo en la Iglesia africana primitiva. Cf. K. DELHAYE, o.c., p. 98 y 108.

²⁰ H. DE LUBAC, *Las Iglesias particulares en la Iglesia universal*, Salamanca, Sígueme 1974.

inherentes a la vida apostólica (Jn 16,20-21; Gal 4,19), que hacen de la Iglesia (personificada en María) "la gran señal" (Apoc 12,1ss). Cristo continúa asociando a la Iglesia, que debe ser consorte (esposa) de sus sufrimientos (Ef 5,25ss), a imitación de María que fue llamada a compartir la "suerte" (espada) y "la hora" de Cristo (Lc 2,35; Jn 19,25-27). Los signos eclesiales de esta maternidad, como son las vocaciones y los ministerios, participan de estas reglas evangélicas de saber morir para resucitar con Cristo, como "el grano de trigo" (Jn 12,24).

Jesús continúa asociando a María su madre en la aplicación de la redención, también en su presencia activa de resucitado, por medio de los signos eclesiales que constituyen la maternidad ministerial y sacramental de la Iglesia. En esta perspectiva salvífica, mariana y eclesial, se comprende mejor el principio patrístico, repetido por el concilio, sobre la necesidad de la Iglesia para la salvación (cf. LG 14, 16; AG 7).

Cristo es el único Salvador, porque las semillas evangélicas que Dios ha sembrado en todos los corazones y en todos los pueblos (culturas, religiones...) tienden, por sí mismas, a hacerse explícitamente Iglesia ya en esta tierra. La maternidad de la Iglesia, en relación con la maternidad de María, es instrumento de Cristo, tanto para que su salvación llegue a cada ser humano (todavía no explícitamente cristiano), como para que toda la humanidad llegue un día a ser explícitamente la Iglesia que Cristo ha instituido como signo visible y sacramental de salvación para todos.²¹

La maternidad de la Iglesia tiene carácter "virginal", en el sentido de fidelidad a la palabra de Dios y a la acción del Espíritu Santo. Esta fidelidad virginal, a ejemplo de María, es fidelidad a la doctrina (fe), a las promesas (esperanza) y a la acción amorosa de Dios (caridad). La Iglesia es madre como medianera de verdad, como portadora de las promesas divinas y como instrumento de vida divina.

En la medida en que la Iglesia es virgen fiel, se hace también madre y esposa fecunda, "sacramento universal de salvación" (AG 1, en relación con AG 4). María es modelo y ayuda de esta virginidad maternal de la Iglesia: "Como ya enseñó san Ambrosio, la Madre de Dios es tipo de la Iglesia en el orden de la fe, de la caridad y de la unión perfecta con Cristo. Pues, en el misterio de la Iglesia, que con razón es llamada también madre y virgen, precedió la Santísima

²¹ A este problema teológico de explicar la necesidad de la Iglesia para la salvación (con los matices que hemos indicado), la relación entre la maternidad de María y la de la Iglesia aporta una perspectiva más armónica. Entonces se parte de una realidad y no de una hipótesis. En algunos estudios actuales se tiende a salvar la necesidad de la Iglesia por una línea escatológica (como indicando que ello se realizará sólo en el más allá). A mi entender, esta explicación es insuficiente. Ver: W.KASPER, Die soteriologische Rolle der Kirche und die Sakramente des Heils, en: La salvezza oggi, Congresso Intern. di Missiologia, Roma, Pont. Univ. Urbaniana 1989, 33-60.

Virgen, presentándose de forma eminente y singular como modelo tanto de la virgen como de la madre" (LG 63; cf. RM 44).

El "sentido" y amor de Iglesia, que equivale a la conciencia fiel de ser Iglesia "misterio" (signo de Cristo) y "comuni3n" (fraternidad), lleva necesariamente a responsabilizarse de la "misi3n" materna de la Iglesia. La relaci3n con Mar3a nace espontáneamente en el coraz3n del ap3stol y de la comunidad que quiere vivir su realidad integral de Iglesia.

En la Iglesia, todos los signos sacramentales son "mediaciones". En realidad se trata de signos portadores de Cristo, único Salvador y Mediador (1Tim 2,5). Esta mediaci3n es, pues, una acci3n materna y misionera de comunicar Cristo al mundo. Como la mediaci3n mariana, la mediaci3n eclesial dice relaci3n de subordinaci3n a Cristo único Mediador, es participaci3n en la única mediaci3n del Señor y tiene características de maternidad.

La mediaci3n eclesial encuentra en la mediaci3n mariana su Tipo o personificaci3n, su modelo de cooperaci3n materna y su ayuda para el ejercicio adecuado de la misma. Mar3a ejerce su mediaci3n materna tambi3n por medio de la Iglesia. La maternidad de Mar3a "permanece en la Iglesia como mediaci3n materna" (RM 40). "La maternidad de la Iglesia se lleva a cabo no s3lo seg3n el modelo y la figura de la Madre de Dios, sino tambi3n con su cooperaci3n" (RM 44).

As3, pues, "se puede afirmar que la Iglesia aprende tambi3n de Mar3a la propia maternidad.... Porque, al igual que Mar3a est3 al servicio del misterio de la encarnaci3n, as3 la Iglesia permanece al servicio del misterio de la adopci3n como hijos por medio de la gracia" (RM 43).²²

4. La piedad mariana popular como expresi3n de la maternidad universal de Mar3a y de la Iglesia

²² Despu3s del concilio Vaticano II y de la enc3lica Redemptoris Mater, los estudios recalcan estos tres aspectos de la mediaci3n de Mar3a y de la Iglesia: subordinaci3n a Cristo, participaci3n en su única mediaci3n, sentido materno. Ver: D. BERTETTO, La mediazione di Maria nel Magistero del Vaticano II, "Euntes Docete" 40 (1987) 597-620; O. DOMINGUEZ, La mediaci3n mariana seg3n el concilio Vaticano II, "Estudios marianos" 28 (1966) 211-252; J. ESQUERDA BIFET, La mediaci3n materna de Mar3a, aspectos espec3ficos de la enc. "Redemptoris Mater", "Ephemerides Mariologicae" 39 (1989) 237-254; A. LUIS, La mediaci3n universal de Mar3a en el cap. VIII de la "Lumen Gentium", "Estudios Marianos" 30 (1968) 131-184; S. MEO, La "Mediazione materna" di Maria nell'enciclica "Redemptoris Mater", en: AA.VV., Redemptoris Mater, contenuti e prospettive dottrinali e pastorali, Roma, PAMI 1988; Idem, Mediadora, en: Nuevo Diccionario de Mariologia, Madrid, Paulinas 1988, 1304-1320; G.M. ROSCHINI, La mediazione di Maria oggi, Roma, Marianum 1971; E. SAURAS, La mediaci3n maternal de Mar3a en el concilio Vaticano II, "Estudios Marianos" 30 (1968) 189-233.

Las esperanzas de todos los pueblos acerca de una salvación futura se expresan en los datos culturales de esos mismos pueblos. El mensaje cristiano se inserta o "incultura" respetando, purificando e incluso sublimando las expresiones populares. Entonces tiene lugar la "piedad popular", que encuentra su momento privilegiado en la piedad mariana.

La Iglesia pone en práctica su misionariedad y maternidad anunciando el evangelio a todos los sectores de la sociedad y, por tanto, también a los sectores de expresión popular. "Tanto en las regiones donde la Iglesia está establecida desde hace siglos, como en aquellas donde se está implantando, se descubren en el pueblo expresiones particulares de búsqueda de Dios y de la fe... La religiosidad popular, cuando está bien orientada, sobre todo mediante una pedagogía de evangelización, contiene muchos valores... Bien orientada, esta religiosidad popular puede ser cada vez más, para nuestras masas populares, un verdadero encuentro con Dios en Jesucristo" (EN 48).

La señal de que el cristianismo se ha "encarnado" o "inculturalizado" en un pueblo es precisamente la expresión de los valores cristianos a través de los signos populares. La piedad mariana popular, si es auténtica, indica que el evangelio ha llegado al corazón del pueblo. "María debe encontrarse en todas las vías de la vida de la Iglesia" (RH 22) y, consiguientemente, en las manifestaciones populares de la religiosidad.²³

En la piedad mariana popular se expresa la maternidad misionera de la Iglesia en relación a la maternidad de María. Esa piedad, bien cultivada, se convierte en fuerza renovadora y evangelizadora, capaz de resistir los embates de la historia.

La dimensión mariana comunica a la piedad popular un sentido fuerte de Iglesia contemplativa, caritativa y misionera. El camino de María es el de la fe y el de la contemplación, que lleva a un servicio generoso respecto a las necesidades del prójimo y a compartir responsablemente los intereses de Cristo. Precisamente por ser meditación de la palabra para pasar a un compromiso de vida, algunas devociones marianas (como el rosario) se pueden calificar de "compendio del evangelio".²⁴

La univesalidad del anuncio evangélico encuentra en la piedad popular, especialmente mariana, la posibilidad de adaptarse a cada cultura y a cada pueblo, según "las condiciones de

²³ AA.VV., *María en la pastoral popular*, Bogotá, Paulinas 1976; J.M. CASCANTE, *Principios básicos que deben presidir la renovación de la piedad mariana*, "Estudios Marianos" 43 (1978) 161-185; J. ESQUERDA BIFET, *Dimensión misionera de la piedad mariana popular*, "Euntes Docete" 35 (1982) 431-448; L. GAMBERO, *La Madonna e la religiosità popolare*, "Ephemerides Mariologicae" 30 (1980) 141-166.

²⁴ Expresión de Pío XII en *Epistula Philippinas Insulas*: AAS 38 (1946) 419. Citada también por Pablo VI en *Marialis cultus* n. 42.

tiempos y lugares, el temperamento y manera de ser de los fieles" (LG 66).

La maternidad y misionariedad de la Iglesia se forjan en la relación sencilla y espontánea de la comunidad eclesial con María. En estos actos populares (que a veces pasan a ser litúrgicos), la Iglesia imita la actitud piadosa de María y su función de epifanía e instrumento del Misterio de Cristo. Una vez más, la "lex orandi" se hace "lex credendi": "La Iglesia, meditando piadosamente sobre ella (María) y contemplándola a la luz del Verbo hecho hombre, llena de reverencia, entra más a fondo en el soberano misterio de la encarnación" (LG 65).

Las oraciones e himnos marianos contienen una riqueza incalculable de valores evangélicos. Las actitudes que suponen o suscitan estas oraciones se resumen en el amor a Dios y al prójimo, a la luz del Misterio de Cristo meditado y vivido por María. Se admira y agradece lo que Dios ha hecho en ella por los méritos de Cristo Redentor, se fomenta una actitud de humildad e imitación suya y se recuerda su presencia activa y materna en medio de la Iglesia. Por esto la Iglesia pide confiadamente su intercesión a favor de toda la humanidad, sintiéndose madre como María.²⁵

Las comuniddes eclesiales se hacen misioneras redescubriendo su propia realidad de mediación materna, como instrumentos de vida en Cristo. La piedad popular puede renovar a la comunidad eclesial abriéndola al universalismo: "La piedad popular puede conducir al amor de Dios y de los hombres, y ayuda a las personas y a los pueblos a tomar conciencia de su responsabilidad en la realización de su propio destino. La auténtica piedad popular, basada en la Palabra de Dios, contiene valores evangelizadores que ayudan a profundizar la fe del pueblo" (Puebla 937). Este objetivo se llevará a efecto especialmente por medio de las devociones y del culto mariano, siguiendo las normas de la tradición y de la disciplina eclesial (cf. LG 67).

Estos objetivos se consiguen cuando la piedad popular (mariana o no) se redimensiona a la luz de la Palabra de Dios, en relación con la celebración litúrgica y en sintonía con los problemas de la comunidad humana: dimensión bíblica, litúrgica, antropológica. Por esto hay que "presentar la devoción a María y a los santos como la realización en ellos de la Pascua de Cristo y recordar que debe conducir a la vivencia de la Palabra y al testimonio de vida" (Puebla 963).

La comunidad eclesial se modela, pues, en la piedad mariana (litúrgica y popular), puesto que en ella encuentra su identificación con María. "El Pueblo creyente reconoce en la Iglesia la

²⁵ Podemos recordar algunas oraciones marianas que se han ido recitando a través de los siglos y en todas las latitudes. Se pueden agrupar en: oraciones bíblicas (Ave María, Magnificat), antífonas durante la liturgia de las horas (Regina coeli, Ave Regina coelorum, Alma Redemptoris Mater, Salve Regina), himnos (Ave Maris Stella, Stabat Mater...), "theotokia" (Sub tumm praesidium...), colectas u oraciones litúrgicas (Concede famulos tuos, Omnipotens sempiternus Deus...), oraciones especiales (consagraciones, oración de san Bernardo, "Angelus"), oraciones litánicas, etc.

familia que tiene por madre a la Madre de Dios. En la Iglesia confirma su instinto evangélico, según el cual María es el modelo perfecto del cristiano, la imagen ideal de la Iglesia" (Puebla 285); "la piedad mariana ha sido, a menudo, el vínculo resistente que ha mantenido fieles a la Iglesia sectores que carecían de atención pastoral adecuada" (Puebla 284).²⁶

La maternidad de María está presente en la mente y en el corazón de la Iglesia, cuando se dirige a ella en los actos de devoción mariana. La Iglesia se siente, con María, Madre de todos los pueblos: "La Iglesia, con la evangelización, engendra nuevos hijos..., En ese parto, que siempre se reitera, María es nuestra Madre" (Puebla 288); "María tiene un corazón tan amplio como el mundo e implora ante el Señor de la historia por todos los pueblos. Esto lo registra la fe popular, que encomienda a María, como Reina Maternal, el destino de nuestras naciones" (Puebla 289).²⁷

La acción evangelizadora no cae en la trampa de experiencias y teorías aventuradas, cuando se concreta en la relación e imitación de María: "Sin María, el evangelio se desencarna, se desfigura y se transforma en ideología, en racionalismo espiritualista" (Puebla 301). Por esto la piedad mariana popular ayuda a encontrar el camino de una recta evangelización: "La Iglesia es consciente de que lo que importa es evangelizar, no de una manera decorativa, como un barniz superficial (cf. EN 20). Esa Iglesia, que con nueva lucidez y decisión quiere evangelizar en lo hondo, en la raíz, en la cultura del pueblo, se vuelve a María para que el evangelio se haga más carne, más corazón de América Latina" (Puebla 303).

La piedad mariana popular, al relacionar la maternidad de la Iglesia con la de María, ayuda a renovarse en Cristo para evangelizar el mundo: "Mientras peregrinamos, María será la Madre educadora de la fe. Cuida de que el Evangelio nos penetre, conforme nuestra vida diaria y produzca frutos de santidad. Ella tiene que ser cada vez más la pedagoga del Evangelio" (Puebla 290).

El momento litúrgico es privilegiado para vivir el tema mariano. Se celebra en la liturgia (especialmente eucarística) el misterio pascual de Cristo, muerto y resucitado, al que fue y sigue siendo asociada María. El culto y devoción mariana aparecen entonces como la vivencia de una unión con Cristo como la de María, Tipo y Madre de la Iglesia.²⁸

²⁶ Cf. J. ALLENDE, Religiosidad popular en Puebla, "Revista de Medellín" 17-18 (1979) 91-114.

²⁷ Cf. A. AMATO, Mariologia in contesto. Un esempio di teologia inculturata: Il volto di Maria di Guadalupe (Puebla n. 446), "Marianum" 125 (1980) 421-469; L. ALESSIO, María y la Iglesia a la luz de Puebla, en: María en los caminos de la Iglesia, Madrid, CETE 1982, 229-242.

²⁸ AA.VV., Il culto di maria oggi, Roma, Paoline 1985; M. AUGE, Linee di una rinnovata pietà mariana nella riforma dell'anno liturgico, "Marianum" 41 (1979) 267-286; C. POZO, Orientación bíblica, litúrgica y ecuménica de la renovación del culto mariano,

Los medios concretos de devoción mariana popular ayudan a expresar el Misterio de Cristo tal como es, meditado y vivido con María y como ella. Es un camino sencillo de una espiritualidad profundamente bíblica, cristológica, pneumatológica, eclesial y misionera, que puede convertirse en fuente permanente de renovación. "María es un catecismo viviente" (CT 73) que ayuda al creyente y a toda la comunidad eclesial a realizarse según los planes salvíficos y universales de Dios.

A modo de conclusión

La maternidad universal de María y de la Iglesia se postulan mutuamente para hacer realidad el mandato misionero de Jesús. La figura bíblica de María ayuda a la Iglesia a construir la "comunidad" universal. Meditando el Misterio de Cristo, como María y con su ayuda, la Iglesia toma conciencia de su propia realidad de misterio (signo de Cristo), comunión y misión. La diversidad de valores por los que se diferencian entre sí los pueblos y las culturas, encuentran en la Iglesia un principio de unidad, de purificación y de sublimación.

Las comunidades eclesiales, diferentes entre sí por la diversidad de carismas recibidos, se realizan como única Iglesia de Jesús en el ejercicio de una misión y maternidad universal, de la que María es personificación y modelo. La Iglesia es un solo Pueblo, "reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (LG 4). Esta unidad, que refleja la Trinidad, se basa en la única fe en Cristo, "nacido por obra del Espíritu Santo en el seno de María la Virgen" (Credo).

Anunciando el Misterio de Cristo, nacido de María y que sigue asociando a María en la obra redentora, la Iglesia se realiza como "sacramento universal de salvación" (AG 1; LG 48), es decir, como "signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano" (LG 1).

María es el "Tipo" (personificación y modelo) de esta maternidad de la Iglesia sobre todos los pueblos. Por esto el concilio Vaticano II, en la exposición de la doctrina mariana, termina formulando este deseo que es también oración: "Ofrezcan todos los fieles súplicas apremiantes a la Madre de Dios y Madre de los hombres para que ella, que ayudó con sus oraciones a la Iglesia naciente, también ahora, ensalzada en el cielo por encima de todos los ángeles y bienaventurados, interceda en la comunión de todos los santos ante su Hijo, hasta que todas las familias de los pueblos, tanto los que se honran con el título de cristianos como los que todavía desconocen a su Salvador, lleguen a reunirse felizmente, en paz y concordia, en un solo Pueblo de Dios, para gloria de la Santísima e indivisible Trinidad" (LG 69).

Jesús fue anunciado por Simeón como "luz de los pueblos" (Lc 2,32), mientras, al mismo tiempo, a María se le comunicaba su participación en la "suerte" dolorosa de Jesús (Lc 2,33-35).

La maternidad de María, recibiendo al Verbo bajo la acción del Espíritu Santo, se hace nueva maternidad universal como tipo de la maternidad de la Iglesia misionera. María es "la gran señal", que transparenta la luz de Cristo (Apoc 12,1ss). La Iglesia es signo o "sacramento" porque "Cristo, luz de los pueblos, ... resplandece sobre la faz de la Iglesia" (LG 1).